

Dios y el pueblo de Israel; así es que el individuo procuraba crearse una situación á su manera acomodada, y cumplía los mandamientos de Dios porque comprendía su utilidad para el bienestar individual; pero faltando la esperanza bien determinada de la resurrección, y siendo la ley religiosa judía lo que era, los afanes del hombre no podían conducir sino á la desesperación, como lo da á entender algo disimuladamente el libro de Job y como lo manifiesta sin ambages el Eclesiastes. Estos dos libros explican perfectamente que naciera y ganara terreno el deseo de la salvación de la humanidad que trajo á su tiempo el cristianismo.

#### 7. La victoria sobre Nicanor y la muerte de Judas Macabeo.

Habiendo abandonado Báquides la Palestina, el sumo sacerdote Alcimo no pudo resistir, como ya hemos dicho, al poder creciente de Judas Macabeo. Refugióse, por lo tanto, al lado del rey Demetrio I, y éste accedió á enviar otro ejército, mandado esta vez por Nicanor, para restablecer el dominio sirio y someter á los rebeldes. Nicanor, quizás el mismo que con los generales Gorgias y Tolomeo había peleado contra los israelitas cerca de Emaús, era uno de los que furtivamente habían salido de Roma con Demetrio cuando éste sin el consentimiento del Senado, en el año 162, se dirigió á Siria para apoderarse del trono. Presentóse Nicanor con escasa fuerza armada y con bellas promesas de paz en Jerusalem y atrajo á una entrevista á Judas para prenderle; pero éste, á punto de caer en el lazo, logró escapar del peligro y reunirse otra vez con los suyos. Ya no era posible la paz, y las fuerzas de Judas y Nicanor tuvieron un encuentro cerca de Cafarnaum, lugar que no es posible identificar. Las diversas noticias sobre el resultado de la acción son contradictorias, pero lo cierto es que después de la batalla Nicanor se presentó en el templo, donde los sacerdotes le hicieron ver cómo allí se sacrificaba por el rey de Siria. Sin embargo, Nicanor les habló con desprecio y juró que quemaría el templo si no le entregaban á Judas con todo su ejército. Salió después de allí y acampó con sus tropas cerca de Bet-Horon, donde en otro tiempo había sido derrotado y deshecho el ejército de Seron. En Bet-Horon recibió el ejército sirio refuerzos y el 13 del mes de Adar se dió la batalla. Judas con los suyos estaba acampado en un punto llamado Adasa y Nicanor fué quien al parecer inició el combate; pero murió en él, y su ejército huyó perseguido por la gente de Judas, á la cual se agregaron los habitantes de los lugares inmediatos. Cuantos sirios cayeron en sus manos fueron pasados á cuchillo. La cabeza y mano de Nicanor fueron clavadas en un palo junto al camino de Jerusalem. El 13 de Adar, vigilia de la fiesta de Purim que cae entre nuestros meses de febrero y marzo, fué celebrado largo tiempo con razón como fiesta patriótica, porque con esta victoria Judas había apartado del pueblo judío un grandísimo peligro. De este modo Judas volvió á poner de su parte á todo el pueblo, en el cual, conforme tuvimos ocasión de observar, se había manifestado una gran corriente contraria á los Macabeos desde que los judíos habían obtenido en la paz hecha con Antíoco V y Lisias la libertad de su culto. Los asideos, aquellos partidarios de la observancia escrupulosa del culto, que se habían declarado á favor de Matatías cuando le habían visto victorioso, habían quedado satisfechos al ver garantida la libertad religiosa; pero la conducta traidora de Báquides les había indignado y el desprecio que Nicanor había hecho de los sacrificios, del templo y de los sacerdotes, y finalmente la victoria de Judas, les inclinó otra vez á su partido. Judas aprovechó su situación; había oído hablar de las grandes victorias de los romanos, de la gran der-

rota de Antíoco el Grande, de la retirada vergonzosa de Antíoco IV al recibir el mensaje del Senado por medio de Popilio Lena, y siguiendo el consejo de personas inteligentes buscó la alianza del poderoso pueblo romano para librar al suyo del peligro sirio. La circunstancia de haber quebrantado Demetrio su palabra de no salir de la ciudad de Roma, donde estaba en rehenes, sin autorización del Senado, favorecía la petición de Judas, el cual envió á Roma dos embajadores judíos, Eupolemo, hijo de Juan, y Jason, hijo de Eleazar, para solicitar un tratado de alianza. En efecto, lo obtuvieron y fué grabado en láminas de bronce y conservado en el Capitolio; pero apenas tuvo mas consecuencias que el efecto moral que pudo producir en el pueblo judío el hecho de que los romanos habían celebrado con él, como pueblo libre é independiente, una alianza defensiva y ofensiva.

A fines de marzo del año 161 se presentó otro ejército sirio mandado por Báquides delante de Jerusalem. Con Báquides llegaba también el sumo sacerdote Alcimo. Judas, al parecer, distrajo al enemigo de Jerusalem, y entre Berean y Elasa se dió la batalla; pero ante las fuerzas superiores de los sirios se arremolinaron los judíos, y muchos se desbandaron antes de entrar en acción. En vano los amigos de Judas quisieron disuadirle de aceptar el combate: un sentimiento caballeresco que ciertamente no era propio del espíritu judío le impidió rehuir el peligro. La batalla duró todo el día: Judas, conociendo que la fuerza del enemigo estaba en su ala derecha, se arrojó sobre ésta con los mas valientes de los suyos y, según dice la relación judía, derrotó aquella parte del ejército y persiguió al enemigo hasta la sierra de Asdod; pero entonces el ala izquierda enemiga se lanzó sobre Judas y los suyos: la pelea se enardeció, hubo muchos muertos y heridos de ambas partes y al fin cayó también Judas, lo que fué la señal de la huida de los suyos.

### CAPÍTULO III

#### LOS ASMONEOS HASTA HIRCANO II

##### 1. Jonatás.

La lucha contra la persecución griega de la religión judía, lucha empezada por Matatías, había sido continuada por su hijo Judas Macabeo hasta la consecución de la libertad del culto judío concedida por Lisias. Después había continuado la guerra por la independencia del pueblo judío, si bien contra el parecer de muchos de sus correligionarios, además de aquellos que estaban ya dispuestos á sacrificar sus creencias y costumbres judías en aras de la civilización griega. El partido de estos grecófilos, que antes de la sublevación iniciada por Matatías había tenido grande importancia, perdió crédito é influencia desde que el pueblo se entusiasmó en los campos de batalla por las antiguas y venerandas costumbres judías y contra la dominación griega. Por último, el partido de los asideos ó devotos, que al principio se había dado por satisfecho con la libertad del culto patrio y con tener un sumo sacerdote descendiente de Aaron, se volvió exasperado contra éste y contra la Siria por la dureza brutal del primero y la opresión de tanto ejército sirio. A todo esto hay que agregar la figura popular del piadoso, bizarro y enérgico Judas Macabeo, que con su espada había conquistado para su pueblo la libertad religiosa y que luchaba para conquistarle la independencia nacional y libertarlo de los insostenibles impuestos con que lo gravaba el gobierno sirio. Judas Macabeo creyó haberse acercado mucho á la realización de sus deseos patrióticos con su victoria sobre Nicanor del 13 del mes de Adar, y el tratado de alianza con Roma era una confirmación

de la independencia nacional del pueblo judío. Pero faltaba todavía conquistar de hecho esta independencia, la cual por otro lado requería una reorganización política completa del pueblo judío, pues que Judas fué quien envió á Roma los embajadores por encargo del pueblo judío, y no el sumo sacerdote, que se hallaba á la sazón en el campamento enemigo, ni tampoco el consejo ó consistorio de los ancianos, de cuya existencia no se dice una palabra.

En esta situación fué un golpe funestísimo para el pueblo judío, en vías de adquirir un vigor desconocido, la muerte de Judas Macabeo pocas semanas después de su victoria sobre Nicanor. Había sido la columna de la libertad en los mayores peligros y con su muerte había quedado la nación privada de su mas fuerte sostén. Por esto los romanos se retiraron de una empresa que, si bien tenía por objeto debilitar el reino de Siria, como cuadraba á sus intereses, no les parecía ya que prometiera buen éxito, pues nada dicen los escritos acerca de intervención del coloso romano en aquellos sucesos. Verdad es que existe solo una relación de lo entonces ocurrido, y esta en diferentes formas; pero todas pintan en los mismos términos la situación mísera de los defensores de la libertad después de la muerte de su caudillo. Hasta la naturaleza parecía haber hecho pacto con los opresores, porque el hambre aumentó la situación desesperada de los defensores de la independencia del pueblo judío. Báquides era dueño del país; gobernaba y nombraba los empleados en todas partes y su mayor cuidado era descubrir á los compañeros de Judas Macabeo para someterles á los martirios mas crueles. En esta situación inaguantable los patriotas militantes eligieron por caudillo á Jonatás, alias Afo, hermano menor de Judas Macabeo, con el cual había combatido en Galaad, donde quedaron vencedores los judíos. Jonatás no llegó bajo ningún concepto á la altura de Judas, pero entre los judíos ha tenido siempre grandísima importancia la genealogía y ésta hablaba en su favor. Judas Macabeo sucedió á su padre Matatías en la jefatura de la sublevación, porque sus cualidades le designaban entonces para el difícil puesto de caudillo, y después de su muerte, la jefatura correspondía á su hermano menor, tanto por ser de la misma sangre como en agradecimiento á los servicios de su padre y hermano. Un escrito de aquella época dice que los judíos le eligieron por jefe porque su familia parecía estar destinada por Dios á dar á Israel la victoria. Admitida de esta manera aunque tácitamente la herencia de la jefatura militar en la familia de Matatías, esta familia debía llegar por la marcha natural de los sucesos á la jefatura general si sus miembros sabían cumplir su misión.

Al principio de su jefatura fué desgraciado Jonatás. Hubo que trasladar las familias de los sublevados con todo cuanto poseían al territorio de los nabateos; Juan, alias Gaddis, el hijo mayor del difunto Matatías, recibió el encargo de dirigir la traslación; pero su mala fortuna quiso que al otro lado del Jordán los amoritas de Medaba sorprendieran la caravana, la saquearan y se llevaron las personas por esclavos, entre ellas también á Juan Gaddis. Jonatás, para vengarse, sorprendió con su otro hermano Simon, el segundo en edad que tenía por sobrenombre Tasi, á una comitiva amorita de boda, en la cual hizo destrozos; pero esto no le devolvió al hermano, ni á sus compañeros de armas ni á sus familias y bienes. A esto vino á añadirse una batalla desgraciada con Báquides en la cuenca del Jordán, donde Jonatás y los suyos se vieron tan acosados, que tuvieron que lanzarse al río y salvarse á nado.

Báquides, dueño de todo el país al Oeste del Jordán, fortificó á Jericó, Emaús, Bet-Horon, Bet-El, Tamnata, Faraton y Tefon y puso guarnición en todas estas poblaciones y en

las demás plazas fuertes. Aumentó las fortificaciones de Bet-Zur, Gazara y del castillo de Jerusalem. Aprovisionó abundantemente todas las plazas é hizo guardar en el castillo de Jerusalem á los hijos de los judíos principales en calidad de rehenes. A la sombra de Báquides continuó funcionando el sumo sacerdote Alcimo, y como nada dicen de él los libros de los Macabeos debe inferirse que no estaba mal reputado. En el año 160 antes de J. C., y algo mas de un año después de la muerte de Judas Macabeo, emprendió Alcimo una mejora en la obra del templo, reforma que vieron con gran disgusto los devotos. Se trataba de un muro vetusto, según se decía, obra del tiempo de los profetas, y que separaba la plaza anterior ó exterior, en la cual podían entrar paganos, de la plaza interior y del vestíbulo del templo. Alcimo quiso reemplazar este muro venerando por otro mas artístico para imponer mas á los gentiles; pero esta consideración, que evidentemente redundaba en mayor honor y gloria del culto judío, no encontró eco en los ánimos fanáticos y excitados de los devotos, los cuales atribuyeron á un juicio y castigo manifiesto de Dios la súbita muerte del sumo sacerdote, que ocurrió durante la obra á consecuencia de un ataque apoplético.

No se sabe lo que ocurrió después, y lo único que dice el escrito que tenemos es: «Viendo Báquides á Alcimo muerto, regresó al lado del rey y el país disfrutó dos años de tranquilidad.» Esto indica evidentemente cierta relación entre la muerte del sumo sacerdote y la partida de Báquides, y que hubo algo que el cronista juzgó prudente callar. El historiador Josefo supone que Báquides se retiró porque había terminado su encargo con los trabajos de fortificación y con la organización de defensa contra los revoltosos; pero bien mirado, la causa de su retirada debió de ser la muerte del sumo sacerdote, que ponía al gobierno sirio en el caso de nombrarle un sucesor y Báquides no tenía poder ni influencia bastantes para dar solución á tan delicadísimo problema. Esta es una mera suposición pero la mas verosímil y que coincide además con la situación crítica de su soberano en Antioquía.

Fuera Báquides del país, no tardaron en perturbarse el orden y la tranquilidad. Los notables de Jerusalem no reconocieron á Jonatás por jefe, ni tampoco pudieron llegar á ponerse de acuerdo respecto de la persona en quien debía recaer el cargo de sumo sacerdote, fuese porque temiesen un choque con el gobierno sirio, fuese porque no pudieron unir sus votos en favor de un solo candidato ó por ambas razones á la vez, lo que parece lo mas probable. Mientras tanto Jonatás y los suyos vivían en cuadrilla persiguiendo á los judíos grecizados y partidarios del gobierno sirio, los cuales naturalmente hicieron lo posible para que el rey volviera á enviar á Báquides á Palestina. Esta vez Báquides fué desgraciado; ni su gran ejército, ni sus máquinas de sitio pudieron rendir el castillo de Bet-Basí, fortificado por Jonatás y Simon y defendido por éste mientras el hermano recorría el país y causaba un descalabro tras otro á las fuerzas sirias. Báquides, furioso por las pérdidas sufridas y por no haber encontrado el apoyo vigoroso que le habían prometido los judíos partidarios del gobierno que le habían llamado al país, hizo dar muerte á algunos de ellos y firmó con Jonatás una paz muy honrosa para éste, porque le restituyó los prisioneros que le había hecho y juró no combatir ya nunca mas contra él. Cuando se hubo retirado Báquides por segunda vez, acampó Jonatás cerca de Micmás, no muy distante de Jerusalem, desde donde continuó su vida aventurera castigando á los judíos infieles. Su poder é influencia habían crecido tanto, que se halló en situación de tomar parte activa en los sucesos que provocó la contienda por el trono de Siria.

Los romanos habían mirado con mucha calma el reinado

tonces, sería poco justo considerar semejante atentado del yerno contra el suegro, si es que existió, como un crimen espantoso, porque este suegro había dejado sus guarniciones en todas las ciudades por donde había pasado y donde había sido recibido por órden del yerno con grandes demostraciones y fiestas. Es, por tanto, muy probable que el narrador judío esté en lo cierto cuando desde luego atribuye al rey de Egipto la intención de quedarse con el imperio de su yerno, ó por lo menos obtener, en pago de su alianza contra Demetrio II, la rica Celesiria, que tantas guerras había originado ya entre los reyes de Egipto y los de Asia. De todos modos, la alianza de suegro y yerno se trocó desde aquel suceso en enemistad declarada. El rey de Egipto hizo alianza con Demetrio II; quitó su hija á Alejandro Bala y la dió á Demetrio por mujer; entró en Antioquía, donde los habitantes le recibieron con júbilo, y añadió la corona del reino asiático á la suya; mas para no excitar los celos de Roma, indujo á los habitantes de Antioquía á aclamar por rey á su nuevo yerno, Demetrio II. Los de Antioquía opusieron al principio alguna resistencia á esta proclamación, porque habiendo sido muy oprimidos por Amonio, el favorito del rey Alejandro, habían visto en el rey de Egipto á su aliado y libertador, al paso que conservaban todavía malos recuerdos de Demetrio I; mas por lo mismo creyó Tolomeo Filometor que conservaría su influencia en el reino de Siria siendo rey Demetrio II. Sucedió, sin embargo, lo que tantas veces sucede á los intrigantes, que los cálculos salieron fallidos. Alejandro Bala fué vencido por Tolomeo y Demetrio II y huyó entre los árabes, que le decapitaron; pero Tolomeo Filometor cayó en la misma batalla del caballo y con dificultad fué sacado mal herido de la pelea. Antes de morir de resultas de sus heridas tuvo su postrera satisfacción, á saber: la vista de la cabeza de su ex-yerno decapitado, y murió el año 146 antes de nuestra era después de haber reinado 35 años. Alejandro Bala solo había reinado dos años.

En vista de estos sucesos Jonatás creyó llegado el momento propicio de apoderarse del castillo de Jerusalem, en el cual continuaba la guarnición siria. Al tener Demetrio II noticia de esta empresa, envió órden á Jonatás de levantar el sitio y presentarse en Tolemaida, á donde él mismo se trasladó. Jonatás no suspendió el sitio, pero acudió á Tolemaida llevando grandes regalos, con los cuales y con sus buenas palabras y halagos, alcanzó del rey cuanto quiso; Demetrio II le confirmó en el cargo de sumo sacerdote; declaró la Judea libre de contribución en cambio de la suma fija de 300 talentos, y las comarcas litigiosas de Efraim, Lida y Ramataim, situadas entre la Judea y la Samaria, fueron agregadas definitivamente á la Judea; pero Jonatás tuvo que desistir del sitio. Mucha alegría debió de causar en Jerusalem Jonatás al regreso de su viaje, hecho con tan buen resultado, y no pasó mucho tiempo sin que se presentase una ocasión urgente de volver á solicitar la evacuación del castillo.

Demetrio, con el objeto de reducir gastos, había despedido gran parte de su tropa, circunstancia que aprovechó un tal Trifon para proclamar rey á Antíoco VI, hijo de menor edad del difunto Alejandro Bala, á quien Trifon había buscado en la familia árabe donde el niño se criaba; pero mientras estaba en camino estalló la sublevación en Antioquía. Jonatás, en vista de la situación política general, había enviado una embajada al rey reiterando sus súplicas de que mandara evacuar los castillos de Judea y en especial el de Jerusalem. La solicitud llegó en tiempo tan oportuno, que el rey Demetrio II accedió á todo con tal que le enviaran tropa inmediatamente. Jonatás envió 3,000 hombres, y apenas hubieron llegado, cuando el pueblo de Antioquía cercó el palacio del rey. Este trató en vano de dominar con sus soldados merce-

narios y el contingente judío la sublevación, que tenía en su favor la inmensa superioridad numérica, y poco faltó para que el rey mismo cayera en manos de los revoltosos vencedores. En tan crítico momento subieron los judíos á la azotea del palacio, desde donde hicieron llover sus proyectiles sobre la multitud, y para no ser atacados desde las azoteas de otros edificios cercanos les prendieron fuego. El incendio se propagó rápidamente, porque las casas, construidas en gran parte de madera, estaban pegadas una á otra; todos procuraron salvar sus familias y lo que poseían, y en un instante desapareció la multitud que rodeaba el palacio. Los soldados del rey se echaron entonces sobre los fugitivos y acuchillaron á cuantos pudieron alcanzar. Pasado el peligro, regresaron los valientes judíos á su país; pero el rey no se acordó de sus promesas, y en lugar de agradecer tan eficaz auxilio, amenazó á Jonatás con la guerra si no pagaba todos los impuestos que los judíos habían pagado antes á los reyes de Siria. Entonces llegó Trifon con el joven pretendiente Antíoco VI, al cual se pasaron todos los descontentos y en particular los soldados viejos licenciados; Demetrio II tuvo que huir, y Antíoco VI entró vencedor con Trifon en Antioquía.

Lo primero que procuró el nuevo rey fué atraerse á los grandes vasallos, entre ellos á Jonatás, á quien escribió una carta confirmando en la dignidad de sumo sacerdote y en el dominio de los cuatro distritos de Judea, Efraim, Lida y Ramataim. A su hermano Simon nombró lugarteniente del rey, ó sea gobernador de todo el país situado entre la llamada Escala de Tiro (montaña al Norte de Tolemaida) y la frontera egipcia. Nada se sabe de los méritos que proporcionaron á Simon tan elevado empleo; pero desde larguísimo tiempo aquella era la primera vez que se concedía á un judío la administración superior de la mayor parte de Palestina, sin duda en consideración á la fidelidad que los judíos habían mostrado á Alejandro Bala, padre del rey Antíoco VI.

Jonatás, sin perjuicio de su sagrado cargo de sumo sacerdote, continuó siendo el primer caudillo del ejército judío. Como tal pasó á Perea, para reunir allí tropa; fué recibido con gran aparato por la gente de Ascalon; después se dirigió contra Gaza, que le cerró las puertas y fué sitiada; sus arrabales fueron incendiados y saqueados, y finalmente Jonatás se llevó en rehenes á Jerusalem, como garantía de paz, á los hijos de las familias principales de la ciudad. Después recorrió en persona el país hasta Damasco, para buscar en esta y otras expediciones aliados para Antíoco VI contra Demetrio II, y al mismo tiempo engrosar el tesoro nacional judío, que había menguado muchísimo desde el tiempo de Antíoco el Grande.

Demetrio II envió contra él fuerzas que tomaron posiciones en Cades, en Galilea, al Noroeste del llamado lago de Merome. Jonatás marchó contra ellas desde el lago de Genezaret, y los dos ejércitos se encontraron frente á frente en el llano de Hazor, al Sur de Cades. El enemigo había colocado ocultamente parte de su fuerza á espaldas de los judíos, los cuales cuando se vieron atacados por vanguardia y retaguardia, se arremolinaron en confusión. Viendo la situación tan crítica el sumo sacerdote, rasgó sus vestiduras, lo que solo le era permitido en el caso de una gran desgracia nacional, se echó tierra sobre la cabeza, y oró. Esta acción desesperada del dignatario sagrado produjo un efecto prodigioso: los judíos recobraron su valor; con el sumo sacerdote á la cabeza se lanzaron sobre el enemigo y lo arrollaron. Jonatás y los suyos persiguieron á los fugitivos hasta Cades, y allí acamparon, regresando después á Jerusalem.

Entretanto Simon, después de un prolongado sitio, se había apoderado de Bet Zur; arrojó de allí á los gentiles y á sus partidarios y puso en la plaza una guarnición de gente

suya. Se vé, pues, que los dos hermanos eran entonces completamente dueños de la Judea y que si acataban el dominio superior de la Siria era solo en apariencia. Entonces decidióse Jonatás á consagrar la independencia del pueblo judío, renovando la alianza con Roma, á lo cual se prestó el Senado romano. Al propio tiempo entró en relaciones con los espartanos cuyo rey Areo había escrito en otro tiempo una carta al sumo sacerdote Onías I hablándole de una supuesta comunidad de origen de los judíos y espartanos. Esta fábula nació probablemente de otra fábula griega que habla del origen comun de los espartanos y fenicios, y la pudo aprovechar muy bien un judío aficionado á atribuir la civilización griega á la ciencia del pueblo de Israel, para basar sobre ella la del origen comun de los espartanos y judíos.

En esto, Demetrio II envió á Palestina otro ejército que se encontró en la comarca de Hamat, al Sur del río Eleutero, enfrente de Jonatás y de sus tropas; pero no se atrevió á ofrecer batalla campal á los judíos, y una sorpresa nocturna intentada por los sirios fué descubierta y abortó. Entonces los sirios dejaron encendidos sus fuegos en el campamento para engañar á los judíos, pasaron otra vez sigilosamente el río Eleutero y se retiraron. Libre ya Jonatás de este enemigo, ejecutó repetidas excursiones contra los árabes sabateos; después llegó hasta Damasco y recorrió todo el país. Simon en el Sudoeste llegó hasta Ascalon y recorrió todo aquel país y los castillos fuertes, poniendo tambien en Jafa una guarnición de gente suya. Jonatás, de regreso de sus expediciones, emprendió grandes obras de fortificación, tanto en Jerusalem como en las demás plazas fuertes de la Judea. Las murallas de Jerusalem recibieron mayor altura, y entre la ciudad y el castillo se levantó un poderoso baluarte de tierra para aislar completamente la guarnición siria de aquella fortaleza. Simon fortificó al mismo tiempo la ciudad de Hadid en el llano del país filisteo.

Todo esto puso en cuidado á Trifon, que se hallaba entonces libre de recelos, porque Demetrio II había pasado á las provincias orientales, donde guerreaba contra los partos. Trifon citó á Jonatás para una entrevista en Bet-Sean (Escitópolis), en el valle del Jordán, al Sur del lago de Genezaret. Jonatás se presentó allí según se dice con todo su ejército, compuesto de 40,000 hombres. Trifon no se atrevió á cometer en aquel instante un acto brutal y recibió al jefe judío con todos los honores, haciéndole grandes agasajos, dándole ricos presentes y mandando á su ejército que acatara como si fuesen suyas las órdenes de Jonatás. Después persuadió al jefe judío que despidiera su ejército, quedándose solo con 3,000 hombres, y le invitó á entrar con él en Tolemaida, diciendo que quería entregársela con las demás plazas fuertes de Palestina y con las tropas que las guarnecían. En el camino de Tolemaida hizo dejar á Jonatás 2,000 hombres mas de su escolta; y una vez dentro de la ciudad, mandó cerrar las puertas é hizo prender á Jonatás y acuchillar á los mil hombres que le acompañaban. Jonatás quedó prisionero y los soldados á quienes poco antes había despedido fueron perseguidos. Ellos, sin embargo, no se desanimaron, hicieron frente á sus perseguidores y llegaron sanos y salvos á la Judea con la triste noticia de la prisión del sumo sacerdote y la matanza de sus compañeros.

## 2. Simon.

Apenas tuvo Simon noticia de que su hermano se hallaba prisionero, corrió á Jerusalem á ofrecerse para conducir las fuerzas judías contra Trifon, del cual se suponía que aprovecharía la ocasión para dirigirse desde Tolemaida contra la ciudad santa. En efecto, Simon fué aclamado jefe por todo

el pueblo, el cual se puso en seguida á trabajar con gran afán en la fortificación de Jerusalem. Trifon marchó efectivamente contra Jerusalem llevando consigo á su prisionero Jonatás. Simon se trasladó á Hadid, cerca de Lida, que había fortificado, según ya hemos dicho, y allí aguardó á su contrario. Trifon le envió á decir que Jonatás estaba preso porque no había dado cuentas de los fondos que tenía á su cargo, pero que se le daría libertad si se pagaban por él cien talentos de plata y se daban en rehenes los dos hijos del prisionero. Simon no se fió de la promesa de Trifon, mas para no ser causa de la muerte de su hermano envió á Trifon el dinero pedido y los rehenes, y en efecto Trifon tomó la plata y los rehenes y no solamente se quedó con su prisionero, sino que marchó sobre Jerusalem, á donde le llamaba tambien la guarnición siria del castillo. Al parecer esta guarnición pasaba durísimas privaciones por no tener ya comunicación con la ciudad por efecto del baluarte levantado por Jonatás y por la vigilancia de los judíos. Trifon no pasó por Hadid, donde le esperaba Simon, sino que dió un gran rodeo para no internarse en las sierras, calculando pasar por Adoraim y penetrar en la Judea por el Sur. Simon, sin embargo, le siguió con su ejército desde lejos; y cuando Trifon al fin á pesar de las dificultades topográficas y de la proximidad del enemigo se decidió á pasar con su ejército é impedimenta á Jerusalem para socorrer á la guarnición del castillo, cayó en la noche tan fuerte nevada que tuvo que renunciar á su plan, y se dirigió á Galaad rodeando el mar Muerto. En Bascama, en Galaad, mandó matar á Jonatás y poco tiempo después mató en Siria á Antíoco VI, su protegido, y se proclamó rey.

Simon hizo trasladar el cadáver de su hermano, enterrado en Bascama, á Modein, donde se hallaba la sepultura de la familia y donde mandó construir para honrar la memoria de sus padres, hermanos y la suya, un gran monumento funerario formado por siete pirámides colocadas sobre un zócalo de piedra pulida y rodeadas de columnas en las cuales estaban figuradas armas y buques. Este monumento se hallaba en un punto elevado y despejado, porque se podía distinguir desde el Mediterráneo; sitio elegido no solamente por el amor de Simon á los difuntos sino tambien para que sirviera de enseñanza y excitara el sentimiento nacional de las generaciones venideras, recordándoles la liberación de la patria por los Asmoneos, y enseñándoles á amar y venerar al representante de esta familia en su tiempo respectivo.

Muerto Jonatás, encargóse Simon de la dignidad de sumo sacerdote sin aguardar la aprobación del rey de Siria. Demetrio II á la sazón se encontraba en grave aprieto, entre los partos por un lado y el usurpador Trifon por otro. Simon, quizás para dar satisfacción al partido adicto al gobierno sirio, que no estaba todavía completamente extinguido en Jerusalem, le envió ricos presentes, y le pidió la confirmación de su cargo, el olvido de la enemistad que hasta entonces le había mostrado, la condonación de los impuestos y la entrega de las plazas recientemente fortificadas. Demetrio II, contento de verse reconocido por soberano, accedió á todo, y Simon inauguró desde entonces una nueva era, empezando á contar en todos los documentos públicos por el año primero de su reinado ó sea el año 143 antes de Jesucristo. Reconocido ya en su dignidad de sumo sacerdote, de general y jefe del pueblo judío, marchó contra la ciudad de Gaza, la cercó con su ejército y la tomó al asalto empleando una máquina de guerra, pero concedió á la población la salida libre. Purificada la ciudad de todo cuanto recordaba las prácticas religiosas gentílicas, estableció en ella judíos observadores de la ley de Israel. Lo mismo había hecho en Jafa al saber la prisión de su hermano Jonatás, pues no inspirándole confianza la población antigua, la reemplazó por judíos fieles bajo

del rey Demetrio, que sin su consentimiento había salido de Roma para apoderarse del trono de Siria. Esta calma confirma el juicio que habían formado del carácter de Demetrio, al cual se pinta como negligente y poco formal en los negocios. A no haberle juzgado así, no habría tenido Roma la paciencia que tuvo y el reinado de Demetrio habría sido muy corto. Pero Demetrio, sin pensar que debía la conservación de su trono a la longanimidad de Roma, hizo odioso a sus propios súbditos y a sus vecinos, entre estos a Atalo de Pérgamo, el cual sacó de su retiro ignorado a dos hermanos competidores del trono de Siria: Laodicea, hija de Antíoco IV, y su hermano Alejandro, que había sido llamado Bala cuando se ignoraba su calidad de príncipe. De parte de Atalo, Heráclides llevó estos dos hermanos a Roma, y Sein, el antiguo tesoro de Antíoco IV, atestiguó como indudable la legitimidad de los dos pretendientes. El Senado les prometió su apoyo y se reunió un ejército de tropa mercenaria con el cual el príncipe Alejandro desembarcó en Tolemaida, la antigua Aco, y la ocupó porque la población, que odiaba a Demetrio, le abrió las puertas. Desde allí trató Alejandro de conquistar la Siria. Tenía de su parte al rey de Egipto, y lo primero que procuró fué ponerse con él en relaciones directas, pues así lo exigía su posición en Tolemaida (al Norte del monte Carmelo). Hallándose entre esta ciudad y el Egipto el país de los judíos, quiso ponerlos de su parte; pero importaba también a Demetrio asegurarse su fidelidad, y habiendo cambiado la situación desde la última y fracasada campaña de Báquides contra Jonatás, no creyó prudente hablar como amo y prefirió suplicar, con tanta más razón cuanto que Báquides se había tenido que convencer de la nulidad del auxilio que el partido judío favorable al gobierno sirio le había hecho entrever. Con esta experiencia solicitó Demetrio el apoyo de Jonatás y de su partido, cuya energía y tenacidad había tenido tanta ocasión de conocer, además de que no podía dirigirse al pueblo judío en general porque habría tenido que mandar para no renunciar tácitamente a su autoridad real. Escribió, pues, a Jonatás, llamándole aliado suyo y diciéndole que le restituía los rehenes judíos que tenía detenidos en el castillo de Jerusalén y le permitía reunir un ejército. Jonatás supo aprovechar esta carta del rey; se dirigió con ella a Jerusalén y la leyó en las plazas públicamente al pueblo y a la guarnición del castillo. Para ésta la carta era una orden, y por tanto entregó a Jonatás inmediatamente los rehenes, y el jefe judío les dejó marchar a sus casas. Fué esta carta un golpe terrible para todo el partido grecófilo y para las guarniciones sirias, sobre todo cuando vieron que Jonatás se quedaba en Jerusalén, construía una fortísima muralla de grandes bloques de piedra labrados y fortificaba el monte Sion. Los sirios evacuaron el castillo y se retiraron, y los principales grecófilos huyeron a Bet-Zur, que era ciudad judía de refugio.

En esto llegó una embajada de Alejandro Bala, el pretendiente al trono de Siria, solicitando el auxilio de Jonatás contra Demetrio y al propio tiempo entregándole el nombramiento de sumo sacerdote con los atributos reales, el manto de púrpura y la corona de oro. Habían pasado siete años desde la muerte de Alcimo y durante este largo tiempo, desde el año 160 hasta 153 antes de nuestra era, había quedado sin proveer la dignidad de sumo sacerdote, por no coincidir los deseos del pueblo con los de los gobernantes. El nombramiento del poderoso caudillo, que acababa de obtener del rey Demetrio las grandes concesiones antes mencionadas, y que además como descendiente de la veneranda y sacratísima familia sacerdotal de Joarib tenía todas las cualidades requeridas por la ley religiosa para aquel elevado cargo, llenó de alegría los corazones de todos los israelitas piadosos y

devotos, y no podía menos de impulsar al partido de Jonatás a ponerse al lado de Alejandro Bala, aunque el mismo Jonatás hubiese vacilado en hacerlo. Además, la embajada del pretendiente llegó a Jerusalén en la época más favorable del año para conseguir lo que deseaba, porque se iba a celebrar la gran fiesta de otoño. No se sabe si había pasado ya el gran día de la expiación y de la reconciliación. Si había pasado debió de haber sido día de profundo dolor para todo el pueblo judío por la falta de sumo sacerdote, porque sin él podía haber expiación pero no reconciliación, es decir, no santificación. Si durante esta gran solemnidad de la religión judía, que se celebra el décimo día del mes de Tischri, llegaron los embajadores de Alejandro, el momento era tan oportuno para satisfacer los deseos de todo buen israelita, que nadie debió de oponerse a aceptar sus regalos y a concederles lo que solicitaron. Pero solo se sabe que Jonatás funcionó ya como sumo sacerdote en la fiesta de los tabernáculos, que se celebraba desde el 15 hasta el 23 de Tischri, en el año 153 antes de J. C. Este fué un triunfo que Jonatás debió exclusivamente a las circunstancias, sin que le costara ningún esfuerzo.

No era hombre de soltar lo que una vez tenía asido, y pronto se le presentó ocasión de resistir nuevos ofrecimientos tentadores que hizo el rey Demetrio, no ya personalmente a él, pues que había aceptado del pretendiente Alejandro el cargo de sumo sacerdote, sino al pueblo judío en general. En esta carta da el rey con palabras lisonjeras las gracias por la fidelidad que el pueblo le había mostrado; concede la supresión de muchas cargas y por otro lado hace donaciones; pero tantas concesiones no hicieron más que recordar a los judíos el peso del yugo que habían soportado desde la derrota de Antíoco III en su guerra contra Roma. En su carta libró Demetrio a los judíos de los impuestos de capitación, de la sal y de la corona; redujo la contribución de la tercera parte de los frutos del campo y de la mitad de las frutas de los árboles, y prometió respetar la ciudad de Jerusalén en adelante como santa. (Recuerde el lector la disposición ya entonces olvidada de Antíoco el Grande.) Además decretó que los diezmos sagrados y la contribución para el templo fuesen aplicados por entero al objeto prescrito por la ley, y no pasaran como hasta entonces en parte a las arcas del rey; renunciaba también a 5,000 libras de plata que cada año cobraba de los fondos del templo, y que en adelante debían cobrar otra vez los sacerdotes que hacían el servicio del santuario. Esta última disposición es probablemente solo la especificación de la anterior.

Estas concesiones dan una buena idea de la situación oprimida del pueblo judío bajo el dominio de los Seléucidas. Demetrio añadió todavía otras mercedes: ofreció retirar su guarnición siria del castillo de Jerusalén y autorizó al sumo sacerdote, a quien no nombra, pero evidentemente sobreentendiéndose a Jonatás (es decir, que ni rechaza ni confirma el nombramiento de éste), a poner en el castillo una guarnición judía. Prometió también pagar la reconstrucción de las murallas de Jerusalén y de las fortalezas de Judea, a cuyo territorio añadió definitivamente tres distritos litigiosos situados entre la Judea y la Samaria y que en adelante debían estar bajo el dominio del sumo sacerdote. Jerusalén fué nombrada ciudad de refugio en el sentido de que los bienes de culpables refugiados en esta ciudad no pudieran ser confiscados aunque radicasen en cualquiera otra parte del territorio. Con gran liberalidad atendió el rey también en su carta a las necesidades del templo y del culto, destinando al primero las rentas de Tolemaida y de su comarca, prometiendo pagar además de sus arcas anualmente 15,000 libras de plata, sin perjuicio de cumplir las cargas que Antíoco el Grande había prometi-

do sufragar para las necesidades del culto, y que desde entonces habían caído en desuso. Declaró Demetrio libres sin rescate a todos los prisioneros judíos de guerra que se encontraban en el reino, y suprimidas las prestaciones personales y de ganado. En adelante debían ser respetados los días de fiesta de la religión judía en las cuestiones judiciales de los judíos. Todo esto prometió el rey en cambio de 30,000 soldados judíos mercenarios ó sea con sueldo que emplearía en sus plazas fuertes, y de ellos sacaría los individuos que necesitara para la administración, en la inteligencia de que los jefes de esta fuerza serían también judíos y todos vivirían en cualquiera parte del imperio lo mismo que en su país, la Judea, conforme a las prescripciones de su religión.

Eran tan brillantes estos ofrecimientos que no pudieron inspirar confianza, porque se veía claramente que solo la mayor necesidad podía haber impulsado al rey a hacerlos, al paso que por su carácter personal no ofrecía ninguna garantía de cumplir tales promesas en caso de quedar vencedor. Bien considerado todo, se decidieron Jonatás y el pueblo por el pretendiente Alejandro Bala.

Este pretendiente no fué al principio afortunado; en el primer encuentro fué derrotado por Demetrio y en la segunda acción el ala izquierda del ejército de Demetrio llegó a saquear el campamento de Alejandro. Pero Demetrio, que peleaba con su ala derecha, fué empujado hasta dentro de un pantano y allí, combatiendo con valor heroico, cayó muerto, quedando Alejandro Bala dueño de la situación. Demetrio había reinado once años, desde 162 hasta 151 antes de Jesucristo.

Alejandro, ya rey de Siria, al poco tiempo de haber dado vencedor celebró sus bodas en Tolemaida con Cleopatra, hija del rey de Egipto Tolomeo Filometor. Jonatás acudió también a la fiesta para presentar al propio tiempo sus homenajes con ricos presentes; fué recibido por parte de Alejandro con grandes honores y se sentó vestido de púrpura al lado del rey. Varios judíos grecizados de Jerusalén presentaron quejas contra él; pero el rey, según la antigua costumbre de Oriente, le hizo pasear en todo su ornato régio por la ciudad precedido de un heraldo, que notificaba a los habitantes que nadie fuera osado a presentar quejas de Jonatás ni a molestarle en manera alguna. El mayor provecho que sacó Jonatás de este viaje fué el título de general en jefe y de mericarca ó co-soberano por la parte de Judea. Estas dignidades eran comprensibles para todo el mundo dentro y fuera de Judea, mientras la de sumo sacerdote solo se comprendía en toda su magnitud por los judíos. Con esto continuó la Judea siendo provincia, pero una de las primeras provincias del reino de Siria, con su jefe y gobierno nacionales.

No tardó Alejandro Bala en verse amenazado en la posesión tranquila del trono, porque en Gnido, en la Caria, en el Asia Menor, se estaban criando dos hijos de Demetrio, deseosos de vengar a su padre. El mayor, que se hacía llamar Demetrio II, se presentó como pretendiente al trono de Siria tres años después de la muerte de su padre, en el año 148 antes de J. C. Saliendo de Cilicia desembarcó en Creta con un fuerte ejército de tropa mercenaria enganchada por un cretense llamado Lastenes. Al saberlo Alejandro, trasladóse a toda prisa a Antioquía para asegurar la posesión de esta ciudad importante; pero en su ausencia presentóse en la Celesiria (Fenicia y Palestina) como gobernador nombrado por Demetrio su enviado Apolonio, que encontró partido y hasta aliados, especialmente en la costa filistea. En el Mediodía del país al Oeste del Jordan solo Jonatás quedó fiel a Alejandro Bala, según parece, lo cual le valió un reto de Apolonio para medir sus fuerzas en la llanura filistea,

donde no podía esconderse con los suyos como en las montañas de Judea. Jonatás aceptó el reto y marchó con los suyos al encuentro del enemigo. Llegado que hubo cerca de Jafa, donde había una guarnición de Apolonio, nuestro sumo sacerdote guerrero estaba a punto de preparar el asalto en regla cuando la plaza le abrió sus puertas, mientras Apolonio estaba con su ejército cerca de Jamnia, junto a la costa, al Sur de Jafa. Habiéndose entregado esta plaza, pasó Apolonio más al Sur, probablemente con el objeto de llegar a la anchurosa llanura de Asdod, entre Ascalon y Ecron, para poder desplegar mejor sus fuerzas. Jonatás no le dejó tiempo, le persiguió hasta Asdod y junto a esta ciudad tuvo efecto el choque de los dos ejércitos. Los judíos se vieron rodeados súbita y completamente por el enemigo, porque Apolonio había dejado apostada en un punto oculto a espaldas del ejército judío una parte de su caballería. Viéndose Jonatás en situación tan comprometida, mandó formar su gente en cuadro, poniendo delante, como un muro, sus escudos, contra los cuales se estrellaron las flechas del enemigo. Todos los esfuerzos de la caballería de Apolonio para abrir una brecha en aquella muralla viva fueron vanos; desde la mañana hasta la noche repitió sus ataques, y cuando los caballos cansados no pudieron más, Simon, el hermano de Jonatás, cayó sobre la infantería enemiga, que echó a huir. Entonces se dispersó también la caballería y huyó a Asdod, donde los fugitivos se refugiaron en el templo de Dagon, el dios de los filisteos; pero Jonatás incendió la ciudad, el templo y los lugares inmediatos. Desde allí marchó contra Ascalon, situada más al Sur, pero allí salieron sumisamente a recibirle los habitantes, y Jonatás regresó con riquísimo botín a Jerusalén.

Esta campaña aumentó la consideración que Jonatás había merecido hasta entonces al rey Alejandro, el cual le regaló una diadema de oro y las rentas de la ciudad filistea de Ecron (Acaron) y de su distrito. Pero lo que más agradó a Jonatás fué el vigor que cobró el sentimiento nacional. Desde el tiempo de los jueces y de Saul, los filisteos, gente no circuncidada, habían sido una abominación para los israelitas, y si en las luchas de los Macabeos habían hecho armas judías contra judíos más ó menos en casi todas las batallas, esta vez los judíos habían luchado contra los filisteos execrados y los habían vencido. Desde entonces Jonatás cesó de ser para muchos de su pueblo un jefe de partido y fué el héroe nacional de todos los judíos.

Tolomeo Filometor, el suegro y aliado de Alejandro Bala, marchó con numerosas fuerzas contra Demetrio II, y teniendo que atravesar la Palestina, envió su yerno Alejandro a todas las ciudades de este país la orden de recibirle con la mayor solemnidad. En Asdod, los habitantes se quejaron al rey de Egipto de la crueldad de Jonatás, pero no fueron oídos. Jonatás fué a saludar en Jafa al rey de Egipto, al cual hizo en esta ocasión varios presentes; pernoctó con él allí y le acompañó hasta el río Eleutero. Si con este nombre designa el autor del libro hebreo, como es regular, el río que hoy se llama Nar-el-kebir, que baja del Líbano y desemboca entre Ortosia y Trípoli, se podría inferir que Jonatás tuvo intención como aliado de Alejandro Bala de acompañar al rey de Egipto en toda su expedición, pero que se separó de él tan luego como advirtió que Tolomeo iba contra su yerno Alejandro. En Tolemaida, población muy distante todavía del río citado, Amonio, favorito de Alejandro Bala, atentó contra la vida de Tolomeo Filometor, y luego se refugió bajo la protección de Alejandro, el cual se negó a entregar el criminal al rey de Egipto cuando éste lo pidió.

Entonces Tolomeo calificó a su yerno de instigador del crimen y es posible que no anduviera errado; pero si se atiende a la moralidad griega que se usaba en la política de en-